NEW LEFT REVIEW 106

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2017

EDITORIAL

Daniel Finn — Lusoanomalías 7

ENTREVISTA

Catarina Martins — El experimento portugués 37

DEBATE

Nancy Fraser — ¿Una nueva forma de capitalismo? 61

Luc Boltanski y Arnaud Esquerre — Enriquecimiento, beneficio, crítica 71

ARTÍCULOS

Marco D'Eramo — La ciudad no tan eterna 83

Sven Lütticken — Las personas de Hegel 115

CRÍTICA

Wang Chaohua — La primera revolución de China 137

Nikil Saval — El extrañamiento de dos islas 155

Tor Krever — Expertos espectrales 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

tds traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

Stuart Hall con Bill Schwarz, *Famliar Stranger*,
Londres, Allen Lane, 2017, 302 pp.

Nikil Saval

EL EXTRAÑAMIENTO DE DOS ISLAS

La publicación póstuma de una autobiografía de Stuart Hall –apasionado activista y analista político, precursor de los estudios culturales– ofrece la posibilidad de retirar un velo de la figura de uno de los intelectuales más reservados y discretos del periodo de la posguerra. Es una paradoja, aunque no inesperada, que uno de los más liberadores teóricos de los efectos cotidianos de la cultura y la ideología, fuera también uno de los menos comunicativos. Era fácil imaginar que en el origen de las ideas, del activismo y del trabajo de Hall yacían profundas motivaciones personales. La obra *Policing the Crisis* (1978), de la que era coautor, fue un estudio sin precedentes de la erupción de campañas sobre la raza basadas en el «pánico moral» y «la ley y el orden». Igualmente, sus ensayos de la década de 1990 sobre la identidad cultural en el Caribe tenían evidentes orígenes en su propia experiencia de emigración a Inglaterra en la década de 1950. Pero con algunas excepciones, el tono de su obra publicada era serenamente analítico con una característica predilección por el trabajo colaborativo, ya fuera como autor o editor. El resultado fue que en ocasiones era difícil de entrever en la propia obra a Stuart Hall, el intelectual negro caribeño. En un momento posterior de su vida, habló más explícitamente sobre su relación con Jamaica, donde nació y creció, y todavía vivo disfrutó de la improbable transformación desde un respetado académico a una amada figura de culto, como aparece en el documental de 2014 *The Stuart Hall Project*. (Como reconocerán los lectores del periodista Ta-Nehisi Coates y los espectadores de la película *I Am Not Your Negro*, en Estados Unidos se está

produciendo una análoga aunque más tardía transformación del novelista y ensayista afroamericano James Baldwin, fallecido a finales de la década de 1980; Baldwin fue una de las referencias de Hall). Pero sin una narrativa de su vida, los vínculos entre la historia personal de Hall, sus actitudes intelectuales y sus inigualables análisis coyunturales sobre los movimientos de derecha no han sido siempre evidentes.

Durante cierto tiempo fue habitual para muchos alumnos de los estudios culturales estar familiarizados con la obra de Hall sin conocer sus orígenes y etnicidad o, cuando los conocían, sin comprender su significado. Esto fue más habitual fuera de Gran Bretaña, donde era un conocido presentador de televisión y un conferenciante regular. No obstante, esta disyuntiva parece haber acompañado a Hall durante toda su vida, como él mismo pone de manifiesto:

> Catherine [la mujer de Hall] me señaló hace poco que, aunque amigos cercanos y colegas políticos de la Nueva Izquierda en las décadas de 1950 y 1960 eran antiimperialistas comprometidos, familiarizados con el pensamiento anticolonial, nunca me percibieron como un sujeto con determinado origen racial y colonial. Igualmente, los amigos que me conocían en el contexto jamaicano no pueden imaginarme ahora, o ver cómo el jamaicano se convierte en otro. En la década de 1980, los estudiantes graduados jamaicanos en América del Norte descubrieron los Estudios Culturales, con los que se me había identificado, como un producto de una universidad inglesa, la Universidad de Birmingham, para encontrarse –cuando me presenté en una conferencia– que un jamaicano negro estaba de alguna manera implicado en la empresa desde el principio. En el Caribe hay personas que en su trabajo aluden a mi ensayo «Encoding/Decoding» y todavía no saben que soy negro.

Familiar Stranger contribuye sustancialmente a nuestro conocimiento de la manera en que los orígenes de Hall dieron forma a su trabajo, aunque sea de una manera inevitablemente inconexa y algo frustrante. Redactado con la ayuda de Bill Schwarz, un investigador del imperialismo y uno de los albaceas literarios de Hall, las memorias recogen los primeros años de su vida llevando al lector desde su infancia y su familia en Jamaica hasta su emigración a Gran Bretaña para estudiar literatura inglesa en Oxford; su entrada en la política a finales de la década de 1950 y su aceptación (y posterior renuncia) de las tareas de edición de la *New Left Review*. En el camino, hay disgresiones colaterales sobre el impacto del comercio transatlántico de esclavos, sobre la identidad individual y sobre las complejidades de la política racial en el Caribe, concebidos como explicaciones de la propia pugna de Hall con la raza y la identidad. Finalmente, los orígenes del libro concebido como una serie de conversaciones informales, entrevistas exclusivas y extensas intervenciones escritas del propio Hall, todas ellas realizadas cuando sufría una grave enfermedad, lo convierten en un texto fragmentado. Schwarz asumió una tremenda tarea editorial, porque cuando Hall falleció en febrero de 2014 el manuscrito original contenía 300.000 palabras. Es comprensible

que haya redundancias: las citas y anécdotas repetidas, a su propia manera, trasmiten la animada y amena mentalidad de Hall en su último otoño, trabajando la misma tierra para finalizar la cosecha.

Su autobiografía pone de manifiesto hasta qué punto sus preocupaciones surgieron de su experiencia y se forjaron al calor de una constante confrontación con ella. La huella del colonialismo británico sobre su educación en el entorno de la clase media jamaicana resultó determinante. Pero el carácter determinante de esa experiencia se manifestaba de forma oscura y vaga; de hecho, algo que acabó entendiendo solamente dudando si realmente había existido. El instinto de Hall fue desviar su atención de la raza, el colonialismo y la clase hasta que, tras emigrar a Inglaterra, encontró y desarrolló los recursos para afrontar directamente su herencia. Al principio del libro, en una de sus pocas cándidas expresiones de emoción, recuerda haber reaccionado con «una rabia desproporcionada» ante uno de sus primeros reseñadores, «un sociólogo inglés inteligente y cordial que le dijo que no entendía por qué seguía insistiendo en el hecho de ser una persona de color [...], ya que procedía de una acomodada familia de clase media, había sido educado en un buen colegio al estilo inglés y había estudiado en Oxford».

Aun así, Hall reconoce la fuerza de la acusación: «Ya que el crítico –sin duda inadvertidamente– había identificado la contradicción central de mi vida, sentí, quizá injustamente, que alguien que no entendía eso era poco probable que entendiera algo más sobre mí». Incluso, y quizá especialmente en las cesuras de esta pequeña recolección, hay inconfundibles señales de la personalidad crítica de Hall: la generosidad con el crítico y la discreta duda («sin duda inadvertidamente»; «sentí, quizá injustamente»). Estas señales expresan, tanto como cualquier otra cosa, la «contradicción central»: el hecho de que él sabía que la raza era parte fundamental de su historia, aunque superficialmente pareciera que no había sido una barrera formal para su aceptación dentro de la sociedad británica. Hall sostiene que, por debajo del proceso de aceptación formal, había una creciente alienación: «Ser inglés me parecía que no era una potencial fuente de identificación, más bien era un giro no deseado del destino histórico». Y la raza estaba siempre en el centro de la cuestión, como admite en una de sus formulaciones más claras: «Nunca hubo un solo momento en esta trayectoria que no estuviera impulsado por mi posicionamiento racial». *Impulsado*: el término habla de su viaje, de la enormidad de sus logros y, desde luego, también de su motivación personal. Esa paradoja se encuentra en el centro de *Familiar Stranger*.

Hall remonta las ambigüedades de su «posicionamiento racial» hasta su educación. En varios de los capítulos del libro se recogen de manera elíptica las características de su infancia, pero el retrato de las personalidades de sus padres y su influencia sobre sus tempranas perspectivas del mundo surge con claridad. Su padre, Herman Hall, venía de un entorno

de clase media-baja, fue a una de las «buenas» pero menos prestigiosas escuelas secundarias, y superó las pruebas para trabajar para la United Fruit Company, donde ascendió en la escala, peldaño a peldaño, la primera persona no blanca en cada una de los puestos, acabando su carrera como jefe de contabilidad. Este éxito laboral, sin embargo, le alejó de su familia y de la admiración de su hijo. Hall habla de su padre con reservas como un «modelo de probidad en cada faceta de su vida» y con un toque ácido señala que «las visitas anuales de los contables de la United Fruit, que venían de Boston, eran el punto álgido del calendario social de mis padres».

El laborioso y falto de ambición «quietismo social» de Herman contrasta marcadamente con la madre de Hall, Jessie, una mujer de tez más clara procedente de los estratos superiores de la clase media. Su mayor proximidad a la clase gobernante metropolitana, en el color de su piel, estatus y dinero, la hace cargar con ilusiones de pasar por encima de la raza. Hall señala que «aunque fuera improbable, continuó pensando que Inglaterra era su verdadero hogar». Hábilmente, Hall interpreta esta actitud basándose en los códigos representados por sus hábitos de consumo: «Nunca utilizaba un peine que no fuera de la marca Kent importado o una crema para la cara que no fuera Nivea, tampoco se lavaba con otra cosa que no fuera jabón Yardley». Jessie organizaba partidos de tenis donde los invitados vestían de blanco y se servía limonada. «Este gran simulacro colonial de la clase media alta inglesa parece tan extraño en la actualidad», señala Hall, «que a veces me pregunto si sucedió realmente o solamente es una escena de alguna película de antes de la guerra».

Protegido por privilegios que sabía que eran limitadores, Hall llegaría a lamentar lo mucho que había ignorado sobre su propio país. Escribe sobre «la otra Jamaica, la Jamaica más oscura de la multitud», vislumbrada a través de los criados de la familia y del malestar obrero de 1938, sobre el que se discutía con preocupación alrededor de la mesa en la cena. Hall señala que «gran parte del resto de mi vida en Jamaica consistió en luchar para borrar y superar la brecha entre mi infancia dentro del enclave familiar y el tumultuoso mundo exterior de la sociedad y la política jamaicana, del que el primero pretendía aislarme». Hall hace evidentes los frutos de esta lucha en una ágil genealogía de las jerarquías sociales en Jamaica titulada «Thinking the Caribbean: Creolizing Thinking». Señala que, después de la abolición, la aristocracia de las plantaciones se dirigió al Estado británico para obtener una compensación. El resultado de este acuerdo fue la conservación de las jerarquías sociales anteriores a la abolición, así como de las jerarquías raciales que las acompañaban. La población jamaicana blanca y mestiza estaba en la cima de esta jerarquía como una gobernante clase colonial. Entre ellos estaba un grupo de criollos «libres» descendientes de los hijos de mujeres esclavas y propietarios blancos. Muchos de estos «mestizos libres» eran mujeres que tenían esclavos y que solicitaron compensaciones a Gran Bretaña. Hall señala que los «mestizos

libres» se convirtieron en el «elemento dirigente en la clase media mestiza [...] la formación étnica y social» en la que nació.

Para Hall esto no es más que otro ejemplo del papel de la «contingencia» en la formación racial y de clase. En su otro trabajo, el término es clave, casi un mantra que se recita en contra de las utilizaciones marxistas menos cuidadosas de «determinación», con sus implicaciones homogeneizadoras que a menudo fracasan en abordar la cuestión de la raza. También permite un mayor grado de voluntarismo, de capacidad de acción popular en la esfera de la cultura, como documentaba Hall en *Resistance through Rituals* (1976), su seminal volumen sobre los estudios culturales. En *Familiar Stranger*, sin embargo, las contingencias llevan menos a menudo a una apertura que «al silencio y la desaprobación». El resultado en su propia vida fue una infancia en una familia en la que la raza siempre aparecía transversalmente y en la que la herencia colonial era menos evidentemente opresiva y más parecida a un *habitus*, estructurador pero también irremediable. Este es un libro en el que, inesperadamente, no se hace tanto hincapié sobre la capacidad de acción como sobre la determinación; la capacidad de resistencia cuenta menos que el poder de la hegemonía.

Cuando Hall llega a Inglaterra se encuentra cara a cara con su implicación en el proyecto colonial y con el hecho sociocultural de su raza. En parte, fue su asociación con otros intelectuales caribeños contemporáneos emigrados –George Lamming, Kamau Brathwaite, incluso el repelente V. S. Naipul (objeto de un sentimiento notablemente fuerte)– la que introdujo a Hall en un contexto más amplio, también la que le ayudó a pensar en sí mismo como un caribeño más que como un jamaicano. Pero también fue la coincidente llegada de miles de personas de la «otra Jamaica», la llamada generación Windrush la que le sirvió para clarificar su propia posición. En parte, porque lo que en Jamaica había sido un complejo imaginario racial, con un significado propio para cada tonalidad, en el contexto inglés de repente se convirtió en «negro». Hall representa este momento de reconocimiento como una revelación, el repentino destello de un flash fotográfico:

> Pasando por la estación de Paddington [...] vi una corriente de gente de color derramándose en la tarde londinense. Iban demasiado pobremente vestidos para ser turistas. ¿Quiénes eran y qué hacían aquí? [...] La vista de todos estos negros en el centro de Londres era asombrosa. Lo que pensaba que había dejado atrás como un dilema sin resolver –las dificultades que mi entorno familiar me había legado, no querer ninguna identificación con mi propio estrato social ni ser capaz de sentirme presente en mi propia tierra natal, consciente del abismo que me separaba de la multitud– había regresado para encontrarme al otro lado del Atlántico. ¡Esto me hizo sentir como si estuviera viajando hacia el pasado!

Considerado en perspectiva, el pasaje es revelador de la anterior mentalidad de Hall. En su perspectiva, la muchedumbre es una «multitud»

indisciplinada, «derramándose» en vez de hacer cola de una manera adecuada y ordenada. Sin estar presente en su propia tierra, permanece distante al ver a su gente tan cerca en el que se convertiría en su país de adopción. *¿Quiénes eran y qué hacían aquí*? Es una pregunta que sin duda se hicieron muchos hombres y mujeres ingleses al asistir a la misma escena. A medida que los inmigrantes negros se volvieron una presencia más insistente, la idea de una «crisis» de migración (muy parecida a la epidemia del ascenso del crimen que abordaría Hall en *Policing the Crisis*) se apoderó de los tabloides y de las mentes de parte del público inglés. Los disturbios de Notting Hill en 1958, en las que bandas de blancos atacaron cientos de hogares de caribeños y a residentes negros por miedo al mestizaje, escenificaban simultáneamente los peligros y las dificultades que tendrían que soportar los recién llegados y proporcionarían nuevas posibilidades para el compromiso político. Hall señala que la coyuntura dio origen a «un nuevo sujeto negro».

En cierto sentido, Hall es justamente ese sujeto. Su autobiografía es, no obstante, una constante representación y puesta en escena de la distancia respecto a su significado. Por una parte, continuamente se le considera diferente, incluso por parte de racistas que no se muestran inclinados a hacer distinciones. Recuerda un momento a finales de la década de 1950 cuando los seguidores de Mosley estaban organizando grupos de blancos para burlarse y lanzar invectivas racistas a los hombres y mujeres negros que regresaban a casa desde el trabajo. Hall encontró a varios de sus alumnos de la escuela secundaria donde enseñaba que iban a unirse a las filas:

> Pregunté a mis chicos qué diablos pensaban que estaban haciendo. Me dieron la típica respuesta racial: «Los negros están aquí, con sus grandes coches deportivos, atronando con su música, quedándose [*sic*] con nuestras mujeres y robándonos [*sic*] nuestros trabajos». «¿De qué estáis hablando?», pregunté. «¿Os referís a gente como yo? ¿A los chicos negros de vuestra clase?» «No, no como usted, señor...», replicaron con profundo sarcasmo. A algunos de mis mejores amigos, pensé...

Al mismo tiempo señala su incapacidad para encontrar un lugar de «pertenencia». Formado en una «distanciada y problemática relación» con Jamaica, y considerando imposible identificarse con Inglaterra, encuentra un «tercer espacio» en la idea de la diáspora. Pero también esto es un «enigma intelectual [...] una cuestión que hay que analizar, investigar e interpretar, así como un compromiso, una implicación y una responsabilidad». En otras palabras, es algo por descifrar. De manera reveladora señala que «la vida era como realizar una permanente etnografía nativa».

Esta insoportable condición –que no resulta desconocida para otros inmigrantes e intelectuales de la primera generación– se muestra a sí misma en el aparato conceptual global de la autobiografía de Hall. Está salpicada, distraídamente, con referencias a famosos conceptos y sus consiguientes famosos

autores. Los «enemigos íntimos» de Nandy, los «esquemas epidérmicos» de Fanon, el «sujeto-autor» de Foucault, la «estructura del sentimiento» de Williams o la «mundanalidad» de Said: nombres e ideas que una vez fueron logros de la vida intelectual, pero que ahora son trilladas palabras clave en diversas áreas disciplinarias, que se examinan repetidamente, a modo de referencias dirigidas a asegurar el reconocimiento de otros adeptos a los estudios culturales, pero sin integrarse en la concepción que el autor tiene de sí mismo o de su vida. Inseguro sobre casi todo lo demás, Hall deja caer desvaídas obviedades generalistas –la «identidad es siempre un inacabado *proceso* de ser; un proceso de *identificaciones* cambiantes más que un singular y completo estado de ser»– sin detenerse a considerar qué instituciones y procesos facilitaron su capacidad para producirlos. Estos no son exactamente defectos en *Familiar Stranger* –una obra compuesta bajo presión al final de una larga y debilitadora enfermedad–, sino una muestra de que falta un componente. Hubiera sido interesante ver la primera gran revelación de Hall en la estación de Paddington acompañada por reflexiones sobre otra revelación: su éxito como un académico profesional. Esto, sin duda, era otro camino hacia su propia relación problemática con su herencia colonial, racial y étnica, así como, posiblemente, una compleja manera de aislarse de ella.

Interrumpiendo este intermitente susurro de documentos para tribunas está el capítulo final del libro sobre la entrada de Hall en la política, que trae una refrescante explosión de revistas y altavoces de la izquierda. Hay una inmediatez en los breves esbozos de la CND [Campaña por el Desarme Nuclear], de la fundación de *Universities and Left Review*, así como de personalidades como E. P. Thompson y Raphael Samuel. También recuerdan el excepcional brío, la concisión y claridad de los escritos políticos de Hall, especialmente los excelentes ensayos sobre el thatcherismo, todavía entre los tratamientos más certeros que se han realizado de la creciente hegemonía de la derecha. El problemático tono de la recolección deja bastante claro que la vida colectiva era un antídoto frente a la aislada, meritocrática vida que se esperaba que llevara cuando zarpó desde Jamaica hacia Oxford. No menos fueron los recordatorios de que no siempre era bienvenido a los lugares donde la política le llevaba, una fuente más del productivo distanciamiento que le perseguiría toda su vida. El Partido Laborista en Oxford, con su «combinación de puritanismo, arrogancia fabiana y un estudiado y simultáneamente inconsciente compromiso con los protocolos de la Inglaterra de Oxford», fue un brebaje particularmente nocivo. Recuerda que «una luminaria de la izquierda en Oxford de aquellos años», Brian Walden, que se convirtió en diputado laborista preso de «una debilidad por la señora Thatcher» le dijo a Hall en una ocasión que «el Partido Laborista no era un lugar para gente como él». «Me sentí agradecido», dice Hall sobre su respuesta: «¡Sabía exactamente a qué se refería!».